

He aquí un mano a mano de lectores excepcionales: en esta esquina, con un ejemplar de El viajero, la torre y la larva. El lector como metáfora en la mano, tenemos al versátil y generoso Alberto Manguel; en esta otra, a nuestro mayor experto en el deleitoso oficio de leer. En los tres ensayos de este volumen hay ideas, advertencias y juegos de sobra para repensar el sentido de la lectura. Acompañémoslo en la presentación el martes 2 de diciembre a las 18:30 horas



RESEÑA

Alberto Manguel y las metáforas de la lectura

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Empecemos por el final: por el último párrafo, por la certeza que encierra la página postrera de *El viajero, la torre y la larva*, de Alberto Manguel: “Somos criaturas lectoras, ingerimos palabras, estamos hechos de palabras, sabemos que las palabras son nuestro medio de estar en el mundo, y es a través de las palabras que identificamos nuestra realidad y a través de ellas que nos identificamos a nosotros mismos”.

Para un lector no hay certeza más sólida que ésta: su vida depende de las palabras. En las palabras (y en la falta de ellas) le va la vida. Pero cuando hablamos de “lector” no nos referimos simplemente al que “lee” o al que ejecuta el acto de decodificar un texto (para un fin determinado), sino a aquella persona

que ya no puede vivir sin los libros o que ya no imagina que sea posible una existencia sin ellos.

De esto trata el nuevo libro de Alberto Manguel, *El viajero, la torre y la larva: El lector como metáfora*, que forma parte de la emblemática colección Espacios para la Lectura del Fondo de Cultura Económica.

Este libro es un tríptico ameno, erudito, inteligente y apasionado (como todos los libros de Manguel) en el que aborda las tres metáforas posibles (que son también tres condiciones, tres estados) en las que se presenta el lector: el viajero, el habitante de la torre de marfil y la larva devoradora de papel. En cada una de estas identidades o circunstancias, el lector asume su condición de *lectívoro* sabiendo que no tiene remisión, pero sabiendo también que no desea tenerla. Su condenación es su libertad y no está dispuesto a cambiarla por nada.

Si alguien ha dedicado su vida a la lectura, si de alguien se puede decir que es, esencialmente, *un lector*,

este alguien es Alberto Manguel. Un lector que también es escritor, porque los lectores consumados son por lo general escritores y porque tarde o temprano un lector descubre que escribir es una forma de leer: de leer y leerse, de escribir y escribirse, de indagar su identidad hecha de palabras que sólo se manifiesta cuando aparece sobre la página.

Manguel es autor de obras de ficción (su libro *Noticias del extranjero*, 1991, fue galardonado en Gran Bretaña como la mejor primera novela), pero muy destacadamente se le conoce y se le aprecia en el mundo como uno de los mayores defensores y promotores de la lectura, y como uno de los más lúcidos ensayistas sobre el tema de la cultura escrita. Entre sus libros ya canónicos en este tema están *En el bosque del espejo*, *Leyendo imágenes*, *Diario de lecturas* y, muy especialmente, *Una historia de la lectura*.

Por obvias razones el propio Manguel encarna al lector por antonomasia, y su vocación ha conducido

a algunos a celebrarlo con definiciones tan concluyentes como equívocas. Es el caso de un comentarista del diario británico *The Independent* que, para elogiarlo, sentenció que “Manguel es un hombre que vive para leer”. Quizá a algunos no les moleste un elogio de tal naturaleza, pero es el caso que, precisamente, quien “vive para leer” se olvida de vivir y se convierte en “el necio de los libros”, en la polilla o el ratón de biblioteca, en la larva del papel, en el topo (ciego o miope) que no distingue la realidad por tener todo el tiempo metida la nariz entre las páginas.

Manguel, en cambio, invierte los términos: no “vivir para leer”, sino “leer para vivir”, pues aunque los libros constituyen el alimento favorito de los lectores, esta comida es el combustible con el que transforman el mundo, a diferencia del bibliómano obsesivo, que ama los libros nada más porque se trata de libros, y los colecciona no porque desee leerlos, sino por una deformación mental que lo lleva a atesorarlos sin que en el fondo le interesen realmente sus contenidos.

Para Manguel, “el bibliómano obsesivo es una de las encarnaciones más mortales de la larva de los libros, acumula volúmenes sin viajar por ellos, sin leerlos en reclusión estudiosa, sin volverlos verdaderamente suyos. Es el acumulador de símbolos muertos, reticente o incapaz de dar vida a un libro, pues es el aliento del lector (su lectura encarnada, como argüía San Agustín) el que da vida al libro”.

También hay casos extremos de polillas lectoras que confiesan sin más sus preferencias. Manguel cita a uno (Logan Pearsall Smith), quien afirma: “Dicen que lo mejor es la vida, pero yo prefiero la lectura”. Esta locura culta (anomalía, perversión pero también, en cierto modo, “normalidad” del lector) es la que dispara en gran medida la reflexión de Manguel en *El viajero, la torre y la larva* en cuyas páginas expone “la lectura como reconocimiento del mundo” (el lector como viajero), “la lectura como alienación del mundo” (el lector en la torre de marfil) y “el lector como inventor del mundo” (la larva de los libros). No es fácil distinguir del todo una condición de otra, porque el lector puede (en sus múltiples metamorfosis) ser las tres cosas a la vez: viajero, sedentario y larva, pero lo significativo es la manera en que es capaz de asumir estas condiciones para que la lectura tenga un sentido de conocimiento, autoconocimiento e invención o reinención del mundo.

Si, como bien afirma Manguel, en nuestro desarrollo biológico, ser conscientes de la existencia es algo que nos distingue de todos los demás seres vivos, el estar compuestos de historias nos hace únicos y ello reafirma nuestra noción de que algo tenemos que *descifrar* en el mundo: no sólo en los libros sino en nuestro entorno. Puesto que somos conscientes de ser mortales, queremos hallar sentido en nuestro paso por la vida.

Advierte el escritor que en *Una historia de la lectura* dedicó muchas páginas a la exploración de las metáforas relacionadas con el oficio de lector, pero el resultado lo dejó insatisfecho porque consideró que el tema merecía una exploración más profunda. De esta insatisfacción nació *El viajero, la torre y la larva*, un tríptico, como ya dijimos, que aborda esos tres estados del lector, esas tres condiciones que, alternativa o exclusivamente, lo llevan a ser un viajero que avanza por las páginas de los libros; a retraerse del mundo en el aislamiento (la torre de marfil) en vez de vivir en él, y a ser el gusano devorador de tinta y papel, que se hincha de palabras con la extraña certeza de que sólo en los libros puede encontrar las respuestas que busca sobre el sentido de la existencia.

Estas tres condiciones, estas tres metáforas, abundan lo mismo en sentido positivo que negativo, pues lo mismo viajar que aislarse, teniendo como vehículo el libro, son acciones que se representan en la sociedad como evasiones o huidas de la realidad; más aún cuando “se ridiculiza al lector como una larva, un ratón, una rata, una criatura para la que los libros (y la vida) no son un alimento sino simple forraje”.

Leer tiene otra negatividad social: el abandono de la manada, el separarse de la gran tribu, la búsqueda de soledad; todo eso que, paradójicamente, también conlleva su signo positivo que destaca el propio Manguel: “Si bien somos animales gregarios que deben seguir los preceptos de la sociedad, también somos individuos

que aprenden sobre el mundo al reimaginarlo, al ponerle palabras, al recrear nuestra experiencia a través de esas palabras”.

En la primera metáfora (el lector como viajero), estamos ante un peregrino y quizá también ante un aventurero. El libro se vuelve una metáfora del mundo, porque quien lee no está leyendo un libro en particular, sino el mundo cifrado en unas páginas. Ya desde los tiempos más antiguos del alfabeto, “el libro es el recipiente que permite a la palabra de Dios viajar por el mundo” y, a partir de entonces, “vivir es viajar a través del libro del mundo, y leer es abrirse camino por un libro, es vivir, viajar por el mundo mismo”. Y si leer es viajar, “todo lector es un Crusoe de sillón”, como bien concluye Manguel.

El viaje por el texto que es a la vez el viaje por el mundo, lleva a Manguel a ilustrarlo con la *Epopéya de Gilgamesh*, escrita en dialecto acadio en el segundo milenio antes de Cristo, y con la *Comedia*, de Dante, viajes por excelencia de la literatura y de la vida; bitácoras que narran transformaciones luego de cada experiencia, para bien y para mal, pues “los lec-

A lo largo de El viajero, la torre y la larva Manguel despliega su triple metáfora: “la lectura como reconocimiento del mundo” (el lector como viajero), “la lectura como alienación del mundo” (el lector en la torre de marfil) y “el lector como inventor del mundo” (la larva de los libros).

tores viajeros pueden ser recompensados por sus esfuerzos o castigados por su hiel”.

Para Manguel, “la metáfora del mundo como libro confirma de manera apropiada nuestra impresión de que el espacio que nos rodea tiene un significado y de que cada paisaje cuenta una historia, iluminando así el acto de la lectura con el sentido del desciframiento no sólo de las palabras que están sobre la página sino del mundo mismo. Mundo y texto, viaje y lectura, son imágenes concomitantes, fácilmente evocadas por la imaginación”.

La segunda metáfora (el lector en la torre de marfil) dista mucho del peregrino que deja su casa y toma el camino (cualquier camino) para leer el mundo. Este estado lector, cercano a la pereza, la acedia o la melancolía, es el de quien se retira a meditar sobre el mundo para encontrar en los libros lo que el viaje no da. Montaigne es el ejemplo clásico (“el lector atrapado en su torre como un hacedor por derecho propio”): su refugio es la biblioteca y los libros lo rodean porque ha decidido conversar con los muertos en un acto intelectual que tiene mucho de censura contra las vanidades del mundo (es la “vida retirada” que encomia Fray Luis de León).

Tal lector es así un “excéntrico” (porque se sale de la pauta social) “que se retrae de los asuntos comunes de la sociedad”, y en esa condición la sociedad lo censura, lo satiriza o lo ridiculiza, justamente porque se sabe desdeñada. La torre de marfil aporta al lector del mundo un sedentarismo mediante el cual puede conocer todo sin necesidad de viaje. Y qué mejor ejemplo de la torre de marfil que la del “impulsivo, meditativo, violento y filosófico príncipe Hamlet”.

Hamlet, la inolvidable obra de Shakespeare, ejemplifica a la perfección la metáfora del lector recluso, pero también el temor que los demás tienen sobre el po-

der que da la lectura. Escribe Manguel: “Se supone que Hamlet (igual que Próspero) ‘sabe cosas’ sólo por sus libros y, si se lo despojara de estos amuletos mágicos, perdería sus tan cacareados poderes sobrehumanos. ‘Pero no se olviden —dice Calibán a los marineros, mientras intenta convencerlos de asesinar al erudito Próspero— de cogerles los libros lo primero de todo; porque, sin ellos, no tiene poder alguno, es un desgraciado tan tonto como yo”.

La torre de marfil ilustra la gloriosa ociosidad de quien, sin moverse de la biblioteca sabe mucho más del mundo que los que creen que la sabiduría está afuera.

La tercera y última metáfora de Manguel (la larva de los libros o el lector como inventor del mundo) se refiere a esa criatura hecha de libros: a alguien que, como Kempis, puede afirmar: “He buscado la felicidad en todas partes, pero no la he encontrado en ningún lugar, excepto en una esquinita con un libro”.

Esta metáfora tiene, casi siempre, una connotación social negativa (que vuelve a evidenciar el temor de la sociedad por el poder del saber). El necio o el loco de los libros es aquel que ama “toda suerte de palabras perniciosas”. Y es que las palabras son perniciosas en el momento mismo en que el lector abandona la manada y comienza a tener ideas extrañas que lo llevan a actuar de manera opuesta a como actúan todos los demás. Es el lector embrujado, el atado por la enfermedad textual, y pocas obras representan mejor esta metáfora que el *Quijote*, de Cervantes, y *Madame Bovary*, de Flaubert.

Alonso Quijano se inventa un mundo a partir de los libros que ha leído, y lo mismo hace Emma Bovary. Están enfermos de bibliomanía. Pero si bien esta locura recibe el efecto censor de la sociedad “cuerda”, lo que realmente produce en los lectores es su vuelta a la verdadera realidad, pues es a partir de los libros que los “locos”, los “necios” o los “desequilibrados” pueden percatarse que los locos son los otros. La larva de los libros se transforma así en un ser con alas propias (la vida es gris, mezquina, estúpida, y hay otros horizontes); en una criatura capaz de transformar y crear un universo. Su pecado es creerse Dios, y asumirse como tal (como un creador) y por ello la sociedad le teme y lo denuesta divulgando la especie de que quien ha decidido recluírse en un nido de papel no puede ser “normal”.

Incluso si al final está la muerte (¡y cómo no podría estar!), “Flaubert creía —escribe Manguel— que los libros proporcionaban al lector (al lector sabio, no al necio de los libros) un santuario sensato para el pensamiento. Como réplica a Hamlet, Flaubert definió la torre de marfil como un refugio en contra de la imbecilidad del mundo, un lugar donde un lector puede estar en paz con la inteligencia de sus libros incluso si estos están formados de ‘palabras, palabras, palabras’”.

La lectura y, muy especialmente, la literatura, nos ayudan a vivir y nos dotan de una perspectiva. Y esto es justamente lo que consigue Alberto Manguel en *El viajero, la torre y la larva*. Nos muestra los extremos a los que puede llegar un lector que no vive sino para los libros, pero también nos revela que sin los libros la vida sería sin duda menos rica, menos interesante, más desapasionada, más insustancial.

No tengo idea de si Manguel reprobaría la siguiente frase de Hermann Hesse: “Los enemigos de los buenos libros, y del buen gusto en general, no son los que los desprecian, sino los que los devoran”. Lo que me queda claro es que, llegado el momento, el devorador de libros es incapaz de refrenarse. Su gula es una enfermedad, pero hay enfermedades mucho peores en este mundo, y lo peor de todo es que no se asumen como patologías sino como normalidades. Y es ahí donde la lectura puede reconstruir y sanar esas normalidades patológicas. ◀

Juan Domingo Argüelles es poeta, ensayista, editor, divulgador y promotor de la lectura. Sus más recientes libros son: Antología general de la poesía mexicana, Cuentos inolvidables para amar la lectura, Leer bajo su propio riesgo: mitos y realidades del hábito de leer e Historias de lecturas y lectores, nueva edición aumentada.



**EL VIAJERO,
LA TORRE
Y LA LARVA**
*El lector como
metáfora*

**ALBERTO
MANGUEL**

TEZONTLE
1ª ed., 2014; 132 pp.
978 607 16 2351 5